

para el ciclo

## **Redescubrimientos y nuevos horizontes**

### **"Jesús de Nazaret, desde la entrada a Jerusalem hasta la Resurrección"**

presentación del homónimo libro de

**Joseph Ratzinger Benedicto XVI** (Libreria Editrice Vaticana, 2011)

encuentro con

**Rainer Riesner**, exegeta protestante de la *Escuela de Tubinga*

**Stefano Alberto**, profesor de Introducción a la Teología en la *Università Cattolica del Sacro Cuore*, Milán

coordina

**Camillo Fornasieri**, director de el *Centro Culturale di Milano*

traducción de Juan Carlos Gómez para [Kaire](#)

*Auditorio de Milán*, Largo Gustav Mahler 1, Milán

15 de marzo de 2011

CAMILLO FORNASIERI: Buenas tardes, una cálida bienvenida a todos. La ocasión es importante, porque tenemos la oportunidad de hablar aquí del nuevo libro de Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, a cinco días de la presentación ante el mundo en el Vaticano. Tenemos pues la posibilidad de entrar en este importante tema, en este relato de la figura de Jesús. En efecto, éste es el segundo volumen del recorrido sobre Jesús de Nazaret y, como dice el Papa en la Premisa, también habrá una continuación que tendrá que ver con el fascículo, como el lo llama, de los relatos de la infancia. Es importante el hecho que esta presentación ocurra justo aquí esta tarde, en una ciudad como la nuestra - y querría dar un cálido saludo, en nombre de todos, a la alcaldesa de Milán Letizia Moratti - que es un poco la capital de la industria editorial. El Papa dijo en la introducción al primer volumen: "Se han escrito muchas historias de la vida de Jesús, pero a menudo han puesto en evidencia las dudas o las ideas de los escritores"; en cambio el Santo Padre quiere hacer notar el hecho que toda la crítica histórica, la exégesis bíblica, en doscientos años haya dado mucho, casi todo, ¿pero qué puede haber de nuevo? De nuevo está la necesidad de unir a esta razón que ha nacido del positivismo, una razón que ha aplicado tanto el método histórico cuanto una hermenéutica, es decir, un criterio interpretativo dado por la fe nacida de la experiencia del hombre. El Papa colocándose al nivel de la experiencia de los hombres de aquel tiempo y por lo tanto permitiéndonos también a nosotros conectarnos con ella, dice sin embargo que "En este libro es más difícil el intento, porque son los temas centrales sin los cuales no se puede entender la figura de Jesús de Nazaret". En efecto, el título del libro que presentamos esta tarde es "De la entrada en Jerusalén a la resurrección". Me permito notar que "resurrección" está escrita en minúscula, y es interesante en cuanto que esto remarca que es un hecho documentable, algo de lo cual dar razón, sobre lo cual reflexionar.

Pues también nos ha impactado el deseo afectuoso del Papa de hacer su camino personal con nosotros y creemos que se pueda conocer este hecho decisivo de la historia humana a todas las culturas a través de alguien que se ensimisme, utilizando una razón que nace de una experiencia vivida y el método de la exégesis histórica. El Papa sigue diciendo en su Premisa: "Querría unirme, para trazar esta figura y el mensaje de Jesús de Nazaret, a los discípulos de todos los tiempos"; el relato es a través del tiempo, el testimonio está a través del tiempo.

Hemos buscado a alguien que fuera testigo de esta dúplice y convergente capacidad de conocimiento, de una fe personal y de un estudio de una exégesis bíblica, y es el doctor Reiner Riesner a quien saludamos. Dos breves notas: lo hemos conocido hace dos años para recordar los dos mil años del nacimiento de San Pablo de Tarso: él es, de hecho, el más grande conocedor y estudioso de la vida de San Paolo; es docente del instituto de Teología Protestante en la Facultad de Ciencias Humanísticas y Teológicas de Dortmund. Es el alumno principal de Martin Hengel, gran

maestro de la escuela de Tubinga, que hemos tenido ocasión de encontrar en el 2000, aquí en el Centro Cultural de Milán, para una conferencia sobre los Evangelios. La escuela de Tubinga, como saben, es el núcleo central del estudio del Nuevo y el Antiguo Testamentos (además de los dos protagonistas ya citados, también recordamos Stulmarchert) y ha producido un método que se ha estratificado que precisamente tiene unidos estos dos puntos de partida, mientras hoy a menudo se redujo el uno a una cuestión de visionariedad (el criterio de razón que nace de la fe), y el otro a un escepticismo a ultranza que no lleva a algo vivo y auténtico. Riesner no se lo dirá por su discreción, pero hace dos años ha tenido ocasión de participar precisamente con sus dos colegas, Hengel y Stulmarcher, en un encuentro muy privado con el San Padre para compartir precisamente su trabajo. Dado que tuvimos la ocasión de poderlo reencontrar, lo hemos llamado inmediatamente para pedirle que hiciera con nosotros el gesto de esta tarde. Poco después del encuentro con el Papa, Martín Hengel ha muerto y ha dejado en herencia este núcleo de estudiosos que dialoga con toda Europa y con gran parte de la catolicidad. El otro relator es don Stefano Alberto: también ha realizado estudios en Alemania, es un teólogo, docente de Introducción a la Teología en la universidad Católica de Milán desde 1992, donde ha obtenido la cátedra de Don Giussani, hoy de Julián Carrón. Es miembro del Consejo nacional de Comunión y liberación, y ha intervenido sobre la historicidad del génesis del cristianismo cuidando la elaboración de un libro en 1995; y luego como educador en contacto con los estudiantes. Quiero concluir este breve saludo con una breve cita del Papa, del capítulo relativo a la resurrección: "El punto decisivo es éste: si Jesús ha existido sólo en el pasado o por el contrario existe también en el presente". Es éste su desafío al querer presentar a todos, al hombre común y al hombre culto, la necesidad de reabrir la pregunta y, añade, esto depende sólo del hecho que esté presente o no también hoy la resurrección. Esto nos hace entender cómo el trayecto que este libro quiere contar es decisivo porque es en este trayecto de Jerusalén a la resurrección donde puede emerger hoy una pregunta seria de nuestra parte respecto a Jesús. Doy ahora la palabra a usted, doctor Riesner. Gracias.

REINER RIESNER: El nuevo libro del Papa no es un regalo sólo para los creyentes. Es un don por todas las personas que están en la búsqueda de la verdad. El Papa Benedicto es la voz cristiana más escuchada en todo el mundo. En este libro no habla de un tema cualquiera, sino del centro de la fe cristiana. Se trata de la figura de Jesús de Nazaret. Y precisamente de dos episodios en su vida en los cuales se decide si Jesucristo tenga un significado irrenunciable también para el siglo XXI. Al centro de este segundo volumen del Papa Benedicto sobre la representación de Jesús están la Cruz y la Resurrección (1). No es posible, en una disertación tan breve, poner suficientemente de relieve la riqueza de pensamientos profundos que se encuentran también en este volumen. Sólo puedo destacar algunas de sus peculiaridades que yo considero importantes en nuestra situación posmoderna y en parte también postcristiana.

#### La última Cena y la exégesis histórico-crítica

En el libro del Papa sobre Jesús no se trata, como él mismo subraya, de una publicación teológica. Este libro no ha sido preparado junto a comisiones teológicas, el Papa presenta aquí su personal descripción de Jesús. De este modo se ha embarcado sin duda en una empresa riesgosa. Presentando el primer volumen, el Cardenal vienés Christoph Schönborn ha acuñado una comparación. Como el apóstol Paolo a Atenas, el Papa ha osado ir al ágora, a la plaza del mercado de las opiniones contrastantes (2).

Sobre esta plaza del mercado se encuentran hoy no sólo los filósofos, sino también los exegetas histórico-críticos. Tal como, en tiempo de Pablo, existían diferentes corrientes filosóficas contrapuestas entre ellas, es decir los estoicos y los epicúreos (Hch. 17 v.18), también la exégesis histórico-crítica no es absolutamente unitaria. Las contradicciones inconciliables que se hallan hoy día en la exégesis del Nuevo Testamento no están motivadas todavía por divergencias confesionales. La línea de demarcación se sitúa más bien entre los exegetas que se acercan al Nuevo Testamento con una confianza sustancial o bien con un escepticismo histórico de fondo. El Papa lo sabe y por esto no se basa sólo en los estudiosos católicos. El hecho que en el 2008 este Papa haya invitado a Castelgandolfo a los estudiosos evangélicos del Nuevo Testamento Martín Hengel y Peter Stuhlmacher para discutir con ellos el segundo volumen de su libro sobre Jesús es una demostración indudable de su superior humildad (3). Ambos docentes míos, habían sido colegas del joven profesor Joseph Ratzinger en la Universidad de Tubinga. Con esta invitación, Benedicto ha lanzado una señal ecuménica de enorme alcance, un mensaje según el cual los cristianos de

diferentes confesiones pueden encontrar un modo para acercarse unos a otros en la seria escucha de las Sagradas Escrituras. En su disertación sobre la última Cena emerge con claridad cómo el Papa toma en serio la exégesis histórico-crítica, indicando no obstante los límites ideológicos representados por determinados estudiosos pertenecientes a tal corriente. De modo tal que Benedicto admite que en los Evangelios emergen problemas de carácter histórico para los cuales es posible proveer diferentes respuestas científicas. Por esto deja en suspenso la cuestión de la relación que existe entre la cena de despedida de Jesús y la cena de la Pascua hebrea. Hay sin embargo otra cuestión que el Papa no deja absolutamente en suspenso. Al día de hoy muchos exegetas dudan incluso que Jesús haya pronunciado las palabras que le son atribuidas con ocasión de la última Cena. Justifican su escepticismo sobre la base del hecho que el anuncio del Reino de Dios por parte de Jesús se concilia mal con el pensamiento de la Expiación. Como ejemplo se aduce a menudo la parábola del hijo pródigo, quien consigue el perdón del padre sin que se cumpla expiación alguna (Lc 15,11-24). Pero las palabras pronunciadas en la última Cena ya son reportadas por Pablo como si fueran una tradición firmemente consolidada que él mismo habría tomado en préstamo de la comunidad primitiva de Jerusalén a través de la comunidad de Damasco (I Cor 11,23-24). Por tanto el Papa tiene plenamente razón cuando escribe: "Con base en los datos históricos nada puede existir de más original que precisamente la tradición de la cena. Pero la idea de una expiación es algo inconcebible para la sensibilidad moderna. Jesús en su anuncio del Reino de Dios tiene que estar a los antípodas de eso. Hay de por medio nuestra imagen de Dios y del hombre. Por esto toda la discusión es sólo aparentemente un debate histórico" (Pág. 106 / Pág.108-9).

#### El Viernes Santo como gran día de la expiación

Una objeción a la historicidad de las palabras de la última cena es que ellas serían impensables en un contexto hebreo. Uno de los puntos de fuerza del libro del Papa es la demostración que precisamente las afirmaciones del Nuevo Testamento sobre la muerte de Jesús como expiación del pecado del hombre llegan a ser comprensibles sólo con la ayuda del Antiguo Testamento y de su traducción del hebreo antiguo. También aquí se expresa una gran estima por el Hebraísmo por parte del Papa que justamente ha encontrado un eco muy positivo en la prensa internacional. Hace parte de aquellos fenómenos difíciles de comprender el hecho que ciertos exegetas hagan notar de modo particular la devoción hebrea de Jesús pero al mismo tiempo quieran quitarle casi todas las referencias a la Sagrada Escritura de Israel. Pero estas referencias no se limitan a citas directas. Las palabras de Jesús están entretrejidas por alusiones al Antiguo Testamento. Si se les quisiera eliminar todas, no quedaría mucho. Jesús ha vivido en la Sagrada Escritura de Israel, como además también el Papa. No todos los descubrimientos sobre las referencias al Antiguo Testamento han podido deducirse de la literatura exegética. Algunas cosas derivan evidentemente de su meditación sobre las Sagradas Escrituras realizadas durante toda la vida.

Este enfoque le permite al Papa demostrar en su presentación que en el desarrollarse de los acontecimientos que transcurren entre la entrada de Jesús a Jerusalén y su crucifixión en el Gólgota es verificable un nexo interior. Tal nexo es bien plausible desde el punto de vista histórico, o bien sumamente significativo en términos teológicos. La así llamada purificación del templo no representó sólo un gesto de crítica social a la clase clerical de los sumos sacerdotes, que se enriquecía con el comercio de las ofrendas. Con un simple acto simbólico profético, Jesús anunció más bien que había llegado el fin del culto de las ofrendas en el templo de Jerusalén (Jn 2,14-22). Esto está confirmado por el discurso sinóptico sobre el Tiempo Final y la predicción sobre la destrucción del templo (Marcos 13,14-17). Más aún, el asunto de fondo no está representado en absoluto por la opinión según la cual los sacrificios del Antiguo Testamento hayan sido siempre carentes de valor. No obstante, confortados por el anuncio de un profeta como Jeremías, pospusieron a algo que iba más allá de los sacrificios mismos, preanunciando la estipulación de una nueva alianza (Jer 31,31).

La figura misteriosa del "Siervo de Dios" doliente y moribundo del Libro de Isaías aclara sin sombra de dudas que la expiación es posible a través de la función vicaria de una figura especial, aquel que ha sido enviado por Dios (Isaías 53). Jesús ha reconducido a sí mismo la profecía del siervo de Dios hasta en los detalles de la formulación de las palabras pronunciadas con ocasión de la última Cena (Marcos 14,24). También la figura del sumo sacerdote no viene solamente puesta en discusión por Jesús, sino que encuentra en Él su plena realización. La así llamada Oración sacerdotal en el evangelio de Juan (capítulo 17), puede ser comprendida solamente partiendo de la liturgia de la celebración hebrea del Jom Kippur. En esta coyuntura el Papa sigue la interpretación

del ilustre exegeta católico André Feuillet (4), cuyas obras a menudo vienen injustamente ignoradas ampliamente hasta por la exégesis católica contemporánea. Con ocasión del "gran día de la Expiación", el sumo sacerdote cruzaba una única vez al año el umbral del santísimo templo y purificaba de los pecados al pueblo de Israel, rociando con la sangre el arca de la alianza (Lev 16). En su respuesta al Sumo Sacerdote Caifás, que lo interroga preguntándole si era el Mesías, Jesús se proclama sacerdote según el orden de "Melquisedec" (Marcos 14,62), recordando el Salmo 110. El velo del templo que se desgarró en dos al momento de la muerte de Jesús envía simbólicamente al hecho que sobre la cruz en Gólgota ha encontrado cumplimiento el gran día final de la expiación (Marcos 15,38). La interpretación de la muerte de Jesús como expiación remonta por tanto al propio Jesús. Pablo conoció esta interpretación de la comunidad primitiva de Jerusalén (Rom 3,24) y la Carta a los Hebreos desarrolló después notablemente este tema. En la vida de los primeros cristianos, este sentido de la muerte de Jesús tan destacado en la comunidad primitiva de Jerusalén, se volvió una realidad experimentada en la celebración periódica de la cena del Dios (He 2,42; Cor 11,25).

#### Getsemaní y las dos naturalezas de Jesús

La formulación del Concilio de Calcedonia (451) según la cual Jesús es reconocido en su naturaleza de "verdadero hombre y verdadero Dios", aúna a los católicos, a los ortodoxos, a los anglicanos y a los evangélicos. Las iglesias copta y siríaca no han aceptado en cambio esta doctrina de las así llamadas dos naturalezas. Ellas atribuyen a Jesús sólo una naturaleza divina. Junto a este antiguo monofisismo existe también la variante moderna, muy difundida, según la cual Jesús poseyó sólo una naturaleza puramente humana. Con el relato evangélico de la tentación y de la oración de Jesús en el jardín del Getsemaní, el Papa Benedicto aclara porqué muchas visiones no están a la altura de Jesús. El Getsemaní muestra a Jesús, sobre todo en la representación del Evangelio de Lucas (22,44) y de la Carta a los Hebreos (5,7-8), en toda su vulnerable y atemorizada humanidad. Más aún, el Padre celeste espera de él que beba "el cáliz" (Mc 14,36), que significa aquí en el lenguaje del Antiguo Testamento, la cólera destructiva de Dios (Is 51,17). Lo que indica que Jesús debe ser más que un simple hombre. Absolutamente de propósito el evangelista Marcos ha transmitido justo aquí la íntima invocación "Abba, padre" en su forma semítica, tal como se oyó de la boca de Jesús. En tal sentido el Papa se basa en los conocimientos del estudioso evangélico del Nuevo Testamento Joaquin Jeremías (5), quien en la mitad del siglo pasado representó a uno de los críticos más eminentes de la concepción escéptica de Rudolf Bultmann. El evangelista Marcos sabía que antes de Jesús ningún judío piadoso se había dirigido así a Dios, y ni siquiera ningún profeta. Por tanto, sólo aquel que era realmente el Hijo de Dios podía hablar en aquel modo. Papa Benedicto comenta como sigue: "Justo porque es el Hijo, Él siente intensamente el horror, toda la suciedad y la perfidia que tiene que beber en aquel "cáliz" a Él destinado: todo el poder del pecado y la muerte. Todo esto debe acogerlo Él dentro de sí, para que en Él sea privado de poder y superado." (Pág. 134 / Pág. 139). Getsemaní pone sin embargo también la siguiente pregunta: ¿existe algo que va más allá del juicio divino sobre la culpa del hombre? Es la misma pregunta que se pone cuando se nos interroga sobre la realidad de la resurrección de Jesús.

#### La realidad de la resurrección

También en la disertación de este tema el Papa muestra estar extremadamente al corriente de los problemas históricos y exegéticos presentados por los textos del Nuevo Testamento. Hace sin embargo una distinción entre las cuestiones secundarias de detalle y la cuestión principal de la cual todo depende. A tal propósito, Benedicto escribe con extrema claridad: "Sólo si Jesús ha resucitado, ha ocurrido algo realmente nuevo que cambia el mundo y la situación del hombre. Entonces Él, Jesús, se convierte en el criterio, del cual nos podemos confiar. Porque entonces Dios se ha realmente manifestado. Por esto, en nuestra búsqueda sobre la figura de Jesús, la resurrección es el punto decisivo. Si Jesús ha existido solamente en el pasado o en cambio también exista en el presente, eso depende de la resurrección. En el "sí" o en el "no" a este interrogante no nos pronunciamos sobre un acontecimiento individual junto a otros, sino sobre la figura de Jesús como tal" (Pág. 202 / Pág. 212-3). Cuando pone esta inevitable alternativa (o...o), el Papa tiene de la misma parte al apóstol Paolo, quien en la primera carta a la comunidad cristiana de Corinto escribió: "Pero si Cristo no ha resucitado, es entonces vana nuestra predicación y es vana también vuestra fe. Nosotros, pues, resultamos falsos testigos de Dios, porque contra Dios hemos testimoniado que él ha resucitado a Cristo" (1 Cor 15,14-15). Pero ¿cuán creíble es el testimonio apostólico de la resurrección? El Papa se pone la cuestión tanto histórica como filosófica. Controvierte a título pleno el hecho que la formulación "Jesús resucitó el tercer día" (1 Cor 15,4)

represente una pura y simple deducción o derivación del Antiguo Testamento. El "tercer" día representa una indicación de una fecha histórica. El tercer día después de la crucifixión de Jesús, se encuentra vacío su sepulcro. El Papa observa a tal propósito "que, si ciertamente el sepulcro vacío como tal no puede probar la resurrección, aquello queda pero como un presupuesto necesario para la fe en la resurrección, puesto que ella se refiere justo al cuerpo y, por su medio a la persona en su totalidad" (Pág. 212 / Pág. 223-4). El "tercer día" Jesús encontró en su persona a vivientes testigos conocidos por nombre, como el de Pedro o el hermano del Señor Santiago, y testigos mujeres como Maria Magdalena. En tal sentido, constata el Papa, "también esto es importante - los encuentros con el Resucitado son una cosa diferente de acontecimientos interiores o de experiencias místicas, son encuentros reales con el Viviente que, en un modo nuevo, posee un cuerpo y permanece corpóreo" (Pág. 222 / Pág. 235).

El Papa trata también el argumento de la objeción filosófica según la cual la resurrección de Jesús iría contra las leyes dominantes de la naturaleza. Exhorta a no cerrarse a las nuevas experiencias de la historia que nos lanzan más allá de nuestros conocimientos habituales. Y escribe: "En los testimonios sobre la resurrección, ciertamente, se habla de algo que no pertenece al mundo de nuestra experiencia. Se habla de algo nuevo, de algo único hasta aquel momento, se habla de una nueva dimensión de la realidad que se manifiesta. No se controvierte la realidad existente. Se nos dice allí más bien: existe una ulterior dimensión respecto a las que hasta ahora conocemos. ¿Está eso quizás en contraste con la ciencia? ¿Puede verdaderamente existir sólo lo que ha existido desde siempre?...Si Dios existe, ¿Él no puede crear también una dimensión nueva de la realidad humana, de la realidad en general?" (Pág. 206 / Pág. 216-7). Y por lo tanto, interrogarse sobre la realidad de la resurrección de Jesús significa interrogarse sobre la realidad de Dios. Con la resurrección de Jesús la pregunta sobre la realidad de Dios no permanece confinada dentro de los límites de la especulación intelectual, sino que nos apremia en cuanto interrogación relativa a la verdad histórica. El Papa recuerda con razón que las apariciones del Jesús resucitado "en el misterioso conjunto de alteridad e identidad" hallan un paralelo en las teofanías del Antiguo Testamento (Pág. 221 / Pág. 234). Aquí se descubre una razón convincente del hecho que ya desde la Pascua emerge con claridad que Jesús pertenece al "modo de ser" divino (Jn 20,28). El Papa concluye la disertación escribiendo: "la resurrección de Jesús va más allá de la historia, pero ha dejado su huella en la historia. Por esto puede ser certificada por testigos como un acontecimiento de una calidad completamente nueva". Benedicto continúa escribiendo: "Sólo un acontecimiento verdadero de calidad radicalmente nueva podía hacer posible la predicación apostólica, no explicable por especulaciones o experiencias místicas interiores. Ella vive en su audacia y novedad por el ímpetu de un acontecimiento que ninguno había inventado y que hacía saltar toda imaginación" (Pág. 228 / Pág. 241). Pero ¿cómo puede este acontecimiento alcanzar a los cristianos del siglo veintiuno?

#### La necesidad de una nueva evangelización

Con su interpretación de las palabras de Jesús "Y es preciso que antes sea proclamada la Buena Nueva a todas las naciones" (Marcos 13,10), el Papa reclama a la memoria un episodio significativo de la historia de la Iglesia (S. 60 / p. 46). Bernardo de Claraval tenía que hacer la moral al entonces Papa Eugenio III. Bernardo le escribió: Tú eres "también deudor hacia los infieles, los judíos, los griegos y los paganos. Admito que, en lo que concierne a los judíos, estás excusado por el tiempo; para ellos se ha establecido un determinado momento, que no se puede anticipar. Tienen que preceder los paganos en su totalidad [Rom 11,25-27]. Pero ¿qué dices acerca de los paganos mismos? ... ¿Qué tenían en mente tus predecesores para... interrumpir la evangelización, mientras está todavía difundida la incredulidad? ¿Por cuál motivo... la palabra que corre veloz se ha detenido?"(6).

Papa Benedicto no necesita hacer la moral sobre el tema de la evangelización. Como muestra entre otras el libro-entrevista "Luz del mundo", el pontífice tiene una visión muy realista de las cosas (7). Sabe bien que en amplias regiones de Europa y de Norte América se ha asistido a un descenso dramático de la difusión de la fe cristiana. Benedicto no sólo está al corriente de la necesidad de una nueva evangelización, sino que ha adoptado medidas organizativas en tal sentido. Con su libro sobre Jesús ofrece sin embargo también una contribución muy personal a la difusión de la fe. Los cristianos deberían apoyarlo en este esfuerzo. Una posibilidad podría ser regalar su libro sobre Jesús a los amigos cuya fe vacila o que están en la búsqueda de un camino hacia la fe. La cosa importante es que este regalo se convierta en la ocasión para emprender también un coloquio en que nosotros discutimos de nuestra fe. Un punto de fuerza particularmente evidente del libro del

Papa consiste en el hecho que se ha creado un nexo entre dos aspectos. Los lectores encuentran allí una imagen de Jesucristo históricamente creíble y relevante para su vida. Pero encuentran también allí una indicación de la fe personal del Papa Benedicto. En el primer volumen, él indicaba como "punto de referencia efectivo" de la fe cristiana "la amistad íntima con Jesús, que es todo lo que cuenta". (8) Estoy convencido que con el segundo volumen el Papa haya logrado realizar aquello que en la premisa indica como su deseo. A él le ha sido efectivamente "dado acercarse a la figura de nuestro Señor en un modo que pueda ser útil a todos los lectores que quieren encontrar a Jesús y creerle" (Pág. 11 / Pág. 8).

CAMILLO FORNASIERI: Además de los numerosos puntos, si bien sintéticos, que Riesner nos ha ofrecido, hemos entendido, sobre todo en la parte conclusiva, cuando ha dicho "el Papa no tiene necesidad de hacer la moral", que este libro es de ello testimonio decisivo; por ejemplo cuando dice que la pregunta sobre la realidad de Dios no puede quedar como una especulación intelectual sino que nos persigue hasta el interrogante respecto a la verdad histórica, es decir si tiene que ver con nuestra existencia. A menudo la cultura es capaz de discutir y de hablar, pero no se interroga nunca sobre la verdad de lo que habla. Vamos adelante con Stefano Alberto.

STEFANO ALBERTO: Permítanme ante todo expresar toda mi gratitud por la presencia entre nosotros del profesor Riesner, uno de los exponentes, lo digo sin temor a ser desmentido, de la más importante escuela exegética, la fundada por Martin Hengel y Peter Stuhlmacher. Su presencia nos vuelve palpable, nos vuelve visible como, respetando todas las diferencias, respetando la diversidad de la historia y los dramas del pasado, si se fija en lo que es esencial, se descubre la posibilidad de un camino común real, de aprender realmente los unos de los otros.

Esto es ya un signo de la fecundidad del planteamiento del Papa, a partir ante todo de su fe personal, del corazón de un hombre enamorado, (les recuerdo la contraportada del primer libro, el salmo 27: "De Ti ha dicho nuestro corazón, buscad Su rostro; Tu rostro, Señor, yo busco; no me escondas Tu rostro"); decía antes el profesor, quien escribe no parece un ochentón, tal es la frescura, la fuerza, el regocijo, la alegría por usar una expresión muy querida para él, junto a una gran sabiduría, a una gran apertura.

La otra gran característica que me ha impactado es que en las páginas del libro encontrarán muchos puntos - el doctor Riesner ha señalado algunos de ellos - en los cuales el Papa se confronta a fondo, radicalmente, con todas las desviaciones, las restricciones, las reducciones de una exégesis más ideología que ciencia, pero siempre sin polémica. Lo fascinante de este libro es que se toca con la mano que un hombre con certeza es un hombre no cerrado sino abierto, atento a valorizar la parte de verdad, por mínima que sea, en la posición del otro.

Además me ha sorprendido un pequeño episodio. Estaba en el auto entre el tráfico de nuestra ciudad siempre emocionante, sea la ciudad como el tráfico, y escuchaba la radio, GR1, la noticia: "Se ha presentado el nuevo libro del Santo Padre, el cristianismo es el encuentro con Jesús vivo". Yo me he puesto a pensar y he dicho: ¿cuándo he oído hablar del cristianismo centrado sobre su origen, sobre su fundamento, sobre Cristo? Sucedió un pequeño milagro en la radio porque generalmente los medios de comunicación, cuando no hablan de escándalos, hablan de todas las consecuencias muy importantes, morales, los valores, la sociología... he aquí, que el Papa ha logrado obligar, digo amablemente, a los medios de comunicación a centrarse sobre lo esencial al menos por una vez, al menos por un día, al menos a un noticiero, me parece un resultado muy importante.

Esto para decir cómo con este libro cada uno de nosotros debe hacer las cuentas. Ya ha sido señalado, pero quiero retomarlo porque el problema que nos toca vivir es muy delicado: casi doscientos años de método histórico-crítico a partir de premisas positivistas, acuérdense de Kant y *La religión en los límites de la sola razón*, tratar la Sagrada Escritura sencillamente como un documento histórico han generado este efecto que el Papa en el primer libro, en el prefacio que se puede releer útilmente, sintetiza así: "La figura de Jesús se ha alejado de nosotros". "El resultado común de todas estas tentativas" escribe "da la impresión que en todo caso sabemos muy poco con certeza sobre Jesús y que sólo después la Fe, en su divinidad, haya plasmado su imagen". Esta impresión mientras tanto está penetrada intensamente en la conciencia común de la cristiandad. Una situación semejante es dramática para la fe, porque hace incierto su auténtico punto de referencia: la íntima amistad con Jesús - esta bonita expresión citada por el doctor Riesner - de la cual todo depende, amenaza con bracear en el vacío. Hagan esta prueba, prueben a preguntar por

la calle, prueben a preguntar en la iglesia: ¿pero ha resucitado Jesús? ¿Está presente? Podremos tocar con la mano, tenemos la experiencia de ello en nosotros, a veces, esta impresión de distancia, de malestar.

Ésta, naturalmente no es una operación neutral, este alejarse en nosotros de la figura de Jesús. Siempre me ha impresionado esta observación de Giussani en el libro escrito junto con Prades "Generar huellas en la historia del mundo", cito: "Toda la conciencia moderna se agita por arrancar del hombre la hipótesis de la fe cristiana y por reconducirla a la dinámica del sentido religioso, al concepto de religiosidad". Esta confusión penetra desafortunadamente también la mentalidad del pueblo cristiano. En su primera encíclica, en la primera página del "Deus caritas est", Benedicto XVI nos recuerda por el contrario que en el inicio del ser cristiano no hay una decisión ética o una gran idea, sino el encuentro con un acontecimiento, con una persona que da a la vida un nuevo horizonte y con esto la dirección decisiva. Este libro nos permite, nos lleva al acontecimiento de este encuentro con una persona viva.

Por esto os aconsejo, es un poco audaz, pero un libro se puede empezar desde muchas partes, partir del capítulo más bonito, más sobrecogedor, también porque son palabras que no siempre se pueden escuchar con esta claridad, con esta frescura, con esta fuerza, con esta alegría, con esta abertura (pienso también en las últimas décadas de esta Iglesia de Milán): partamos del capítulo de la resurrección. Aquí está o cae todo. ¿Pero si se quita la resurrección qué queda del cristianismo? "Se puede ciertamente", escribe el papa Benedicto "recoger todavía de la tradición cristiana una serie de ideas dignas de mención, sobre Dios, sobre el hombre, sobre el ser del hombre y sobre su deber ser, una especie de concepción religiosa del mundo; pero la fe cristiana está muerta, Jesús en tal caso es una personalidad religiosa fracasada, una personalidad que, a pesar de su fracaso, permanece grande y puede imponerse a nuestra reflexión pero queda en una dimensión puramente humana y su autoridad es válida en la medida en la cual su mensaje nos convence. Él no es más el criterio de medida, criterio es entonces solamente nuestra valoración personal que elige de su patrimonio lo que parece útil. Y esto significa que estamos abandonados a nosotros mismos, nuestra valoración personal es la última instancia". Aquí la frase citada por el profesor: "sólo si Jesús ha resucitado ha ocurrido algo realmente nuevo que cambia el mundo y la situación del hombre; entonces Él, Jesús, se convierte en el criterio del cual nos podemos fiar, ya que entonces Dios se ha manifestado realmente."

Querría tomar de este libro precisamente este aspecto: si el criterio último de la vida es el nuestro, si elegimos de un cristianismo, ya reducido a valores, del inmenso patrimonio lo que nos parece útil, estamos abandonados a nosotros mismos; la religiosidad moderna se reduce a un abandono a nosotros mismos, a una soledad última que se puede llenar de muchos modos, pero que queda como soledad. ¿Cómo El Señor colma, llena esta soledad, en un modo absolutamente imprevisto, imprevisible? A través de una relación viva.

Querría ofrecerles sencillamente algunas ideas de un único gran pensamiento que atraviesa como un hilo rojo los dos volúmenes. Es un tema que he aprendido a querer, existencialmente querido en mi vida, oyéndolo repetir tantísimas veces en muchas dimensiones siempre nuevas por Don Giussani. Me ha impresionado mucho reencontrarlo en esta mirada de fe profunda del Papa, como la de un sabio y fresco, como la de un niño. Él escribe en el primer volumen: "Hay un punto de apoyo sobre el que se basa este libro, considera a Jesús a partir de su comunión con el Padre. Éste es el verdadero centro de su personalidad, sin esta comunión no se puede entender nada, y partiendo de ella Él se hace presente a nosotros también hoy": esta relación viva. En fin de cuentas el tiempo que vivimos es el fruto de una revolución intentada, aunque los hijos han logrado matar a los padres. Y ahora que son padres, después del sesenta y ocho, intentan no dejar crecer a los hijos. Ésta es la soledad. El Papa por el contrario describe una relación de filiación, vuelve al primer plano la dependencia del Padre, el engendrar a partir de él.

El Papa escribe en el capítulo IV, aquel de la gran oración sacerdotal de Jesús: "En todo el Evangelio de Juan y precisamente también en el capítulo 17 Cristo es el enviado de Dios, su ser entero ha sido enviado; mi doctrina no es mía, Él vive totalmente a partir del Padre y no le contraponen nada diferente, ninguna cosa solamente suya". Después de la resurrección Jesús atrae a los discípulos dentro de esta corriente: como el Padre me ha enviado a mí, también yo les envío. Algunas páginas después el Santo Padre ilumina esta dependencia, esta filiación con una intuición que le permite observaciones, las veremos, muy audaces en los puntos más dramáticos. Escribe en la página 151: "Esta fidelidad de Cristo consiste en el hecho que Él ahora no actúa sólo como Dios

frente a los hombres, sino también como hombre frente a Dios, fundando así la alianza de modo irrevocablemente estable."

Lo vemos en el capítulo VI intitulado "Jesús en el Getsemaní" ya señalado por el profesor; "en ninguna otra parte de la Sagrada escritura" escribe el Papa "miramos tan profundamente como dentro del misterio interior de Jesús como en la oración sobre el monte de los Olivos: precisamente porque Él es el hijo, Él ve con extrema claridad la entera marea sucia del mal, todo el poder de la mentira y la soberbia, toda la astucia y la atrocidad del mal que se mete la máscara de la vida y sirve continuamente a la destrucción del ser, al destrozo y al aniquilamiento de la vida. Precisamente porque él es hijo, Él siente intensamente el horror, toda la suciedad y la perfidia que tiene que beber en aquella copa destinada para Él, todo el poder del pecado y la muerte. Todo esto Él lo tiene que acoger dentro de sí para que en Él sea privado de poder y superado". La angustia de Jesús es una cosa mucho más radical que aquella angustia que ataca a cada hombre frente a la muerte, es el choque mismo entre la luz y las tinieblas, entre vida y muerte; el verdadero drama de la elección que caracteriza la historia humana.

Las dos partes de la oración de Jesús aparecen a primera vista como la contraposición de dos voluntades: está la voluntad natural del hombre Jesús que opone resistencia frente al aspecto monstruoso y destructivo del acontecimiento y querría pedir que la copa pasase, y está la voluntad del Hijo que se entrega totalmente a la voluntad del Padre. En Juan encontramos dos peticiones: "Sálvame, Padre, de esta hora" y "Padre, glorifica tu nombre". Jesús ha pronunciado ambas peticiones pero la primera, aquella de ser salvado, es fundida junto con la segunda que pide la glorificación de Dios en la realización de su voluntad, y así el contraste en la intimidad de la existencia humana de Jesús es recompuesto en unidad.

Pero siempre sobre este punto querría leer un pasaje sobrecogedor: ¿por qué siente Jesús toda esta resistencia, esta angustia frente a la muerte? El drama del monte de los Olivos consiste en el hecho que Jesús reconduce la voluntad natural del hombre desde la oposición a Dios a la sinergia, - usa una palabra de los Padres, de Máximo el Confesor -, a la colaboración, y restablece de esta manera el hombre a su grandeza. Está en la humana voluntad natural de Jesús y, por así decir, presente en el propio Jesús mismo, toda la resistencia de la naturaleza humana contra Dios; la obstinación de todos nosotros, la entera oposición contra Dios está presente y Jesús, luchando, lanza la naturaleza rebelde hacia lo alto hacia su verdadera esencia.

Vayamos a la primera palabra que Jesús pronuncia en la cruz siempre dirigido al Padre: "Perdónales, porque no saben lo que hacen". La primera palabra en el suplicio del martirio es el perdón basado en esta ignorancia. Pedro hará referencia, en el gran sermón de Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles, a esta ignorancia; Pablo, el mejor alumno del rabino Gamaliel, hará referencia a su ignorancia. El Papa comenta: "es obvio que este conjunto de saber e ignorancia, de conocimiento material y profunda incompreensión existe en todos los tiempos". ¿No somos quizás ciegos precisamente como sabios? ¿No somos quizás, precisamente por causa de nuestro saber, incapaces de reconocer la verdad misma, que en lo que sabemos quiere vernos al encuentro? ¿Acaso no nos sustraemos al dolor provocado por la verdad que traspasa el corazón? La ignorancia reduce la culpa, deja abierta la vía hacia la conversión, pero no es sencillamente una excusa, porque revela al mismo tiempo una torpeza del corazón, una torpeza que resiste a la llamada de la verdad. Con mayor razón queda un consuelo para todos los tiempos y para todos los hombres el hecho que el Señor tiene consideración sea de los que verdaderamente no sabían, los verdugos, sea de los que sabían y lo condenaron; pone la ignorancia como motivo de solicitud de perdón y como puerta que puede abrirnos a la conversión.

Todavía dos puntos, quería citarles otros, pero prefiero atenerme a los tiempos justo para hacerles ver, pero todo el libro es así, de cuál sencillez y profundidad de mirada nos es testigo el Papa. Vuelvo a la cuestión controvertida, justo el centro de la relación con el Padre, señalada ya por el doctor Riesner y presentada a nosotros con dramáticas preguntas: ¿pero por qué ha querido Dios esta expiación? ¿Por qué hasta la muerte? Siempre de nuevo se dice: ¿no es quizás un Dios cruel el que solicita una expiación infinita? ¿No es ésta una idea indigna de Dios? ¿No debemos quizás, en defensa de la pureza de la imagen de Dios, renunciar a la idea de expiación? La realidad del mal, de la injusticia que estropea el mundo y al mismo tiempo contamina la imagen de Dios, esta realidad existe por culpa nuestra, esta verdad por culpa nuestra está muy lejana de la sensibilidad común. Se crean carreras políticas, culturales, judiciales, por culpa de los otros. No es que de un Dios cruel venga solicitado algo infinito, es justo el contrario: El mismo Dios se pone como lugar de reconciliación y en su Hijo toma el sufrimiento sobre sí. El mismo Dios introduce en el mundo

como regalo su infinita pureza. Dios mismo bebe la copa de todo lo que es terrible y restablece así el derecho a través de la grandeza de su amor que, por el sufrimiento, transforma la oscuridad. Más adelante: "Nuestra moralidad personal no basta para venerar a Dios de modo justo"; nosotros los católicos nos consternamos muy poco, somos muy poco seguros de nuestra moralidad. Nuestra moralidad personal no basta para venerar a Dios de modo justo, esto lo ha aclarado San Paolo con gran fuerza en la controversia acerca de la justificación: el hijo, pero el hijo haciéndose carne, lleva en sí a todos nosotros y dona así aquello que nosotros solos no podríamos dar. Por esto hace parte de la existencia cristiana, bien sea el sacramento del bautismo, como acogida en la obediencia de Cristo, bien la Eucaristía, en la cual la obediencia del Señor sobre la cruz nos abraza a todos, nos purifica y nos atrae a la adoración perfecta realizada por Jesús Cristo; la obediencia corpórea de Cristo es presentada como espacio abierto en el que nosotros somos acogidos y a través de la cual nuestra vida personal encuentra un nuevo contexto.

Último, volvemos al espléndido capítulo de la resurrección. La fuerza con la cual es afirmada la historicidad dentro de la historia, dentro de la carne, va junto a la evidencia de un acontecimiento único, de una gran mutación. Pero he aquí el punto que quiero subrayar como conclusión para dar un ejemplo de la gran libertad del Papa al mirar la relación entre el Padre y el Hijo y en el dejarse, como todo bautizado, llevar dentro de esta relación. Justo en la conclusión del capítulo dice: "Para todos nosotros siempre queda la pregunta que Judas Tadeo le ha dirigido a Jesús en el cenáculo: 'Señor ¿por qué te vas a manifestar a nosotros y no al mundo?' Sí, ¿por qué no te has opuesto con potencia a tus enemigos que te han llevado a la cruz, querríamos preguntar -, por qué no has demostrado con vigor irrefutable a ellos que tú eres el Viviente, el Señor de la vida y de la muerte? ¿Por qué te has mostrado sólo a un pequeño grupo de discípulos, como hoy a nosotros después de dos mil años? ¿Por qué te has mostrado sólo a un pequeño grupo de discípulos de cuyo testimonio tenemos nosotros que confiarnos ahora?". La pregunta agrava la situación y concierne no solamente a la resurrección, sino al modo entero con el cual Dios se revela al mundo. " ¿Por qué sólo a Abraham, por qué no a los potentes del mundo"?

Hubo durante los trabajos del Vaticano II una gran polémica. En fin de cuentas se puede ver todo aquí, en esta aceptación o no del método de Dios, la gran polémica entre Rahner que decía: "Pero ¿por qué sólo a algunos?" y Ratzinger: "¿Por qué sólo a Israel y no de modo indiscutible a todos los pueblos de la tierra?". Es precisamente del misterio de Dios actuar de modo sumiso. Sólo poco a poco El construye en la gran historia de la humanidad Su historia; se hace hombre, pero de tal manera que pueda ser ignorado por los contemporáneos, por las fuerzas autorizadas de la historia. Los historiadores romanos equivocan el nombre, Tito Livio dice "Quaedam Crestus, quidam Crestus". "Padece, muere, como resucitado quiere llegar a la humanidad solamente por la fe de los suyos a los cuales se manifiesta"; - y aquí es bellissimo - "de continuo Él llama calladamente a las puertas de nuestros corazones y si Le abrimos, lentamente nos hace capaces de ver. Y sin embargo ¿no es quizás justo éste el estilo divino: no arrollar con la potencia exterior, sino dar libertad, donar y suscitar amor? Y esto que aparentemente es tan pequeño ¿no es quizás, pensándolo bien, la cosa realmente grande? ¿No emana quizás de Jesús un rayo de luz que crece a lo largo de los siglos, un rayo que no podía provenir de ningún simple ser humano, un rayo a través del cual entra realmente en el mundo el resplandor de la luz de Dios? ¿Habría podido el anuncio de los Apóstoles encontrar fe, edificar una comunidad universal si no hubiera obrado en ella la fuerza de la verdad? Si escuchamos a los testigos con el corazón atento y nos abrimos a los signos con los cuales el Señor da crédito, siempre nuevo, a ellos y a él mismo, sabemos entonces: Él ha realmente resucitado. Él es el Viviente, a Él nos encomendamos y sabemos de estar sobre el camino justo. Con Tomás ponemos nuestras manos en el costado traspasado de Jesús y profesamos: "¡Señor mio y Dios mio!".

C. FORNASIERI: Gracias a don Stefano Alberto. Hemos intuido la profundidad y la importancia de esta lectura del Papa. Querría que nos fuéramos preguntándoles a nuestros huéspedes una idea que se me ha ocurrido. Habiendo sentido fuerte en las dos intervenciones la lucha entre un mirar, leer y tratar los hechos - la figura de Jesús, y así todas las cosas - o con un "escepticismo histórico", como lo llamaba Riesner, o con una confianza, como subrayaban los fragmentos leídos por don Stefano Alberto, que se asemeja a la de una relación profunda entre el hijo y el padre, otro modo de leer la realidad. Quisiera preguntar entonces qué caracteriza en dos palabras - ciertamente es una pregunta un poco gruesa - una actitud escéptica de la que hacemos parte, que - como Stefano Alberto ha dicho hace poco - hace parte de todos los tiempos. ¿Qué caracteriza una actitud

escéptica moderna frente a aquella de una confianza? Es decir, ¿cuál es el punto que favorecería en nosotros mismos una apertura? "Si Le abrimos, se deja ver" se decía antes. Quisiera un comentario personal a estos dos elementos del conocimiento, que parece limitarse a nosotros hoy, a un conocer exteriormente las cosas, es decir a saber algo, pero sin que nos cambie.

R. RIESNER: Por lo que respecta al escepticismo, el aspecto decisivo es el hecho de tomar como punto de referencia la propia persona y la misma experiencia, el propio modo de ser. Una actitud de confianza, en cambio, representa una actitud que da confianza, precisamente, a Dios, que se confía a sí mismo a Dios. Pero quisiera también introducir un tercer punto en la discusión, se trata también de un tercer paso, como gesto de apertura, hacia una actitud más abierta. Por tanto deberíamos adoptar esta actitud de la apertura leyendo este libro. Y considero que sería una buena premisa la de adoptar una actitud abierta respecto al libro.

S. ALBERTO: Yo creo que el escepticismo nazca como consecuencia última de la actitud en la cual uno queda prisionero de lo que sabe. En fin de cuentas también todo el método histórico-crítico ha nacido de la necesidad de conocer más a Jesús, pero sobre la base de lo que se pensaba ya saber. Sólo hay una posibilidad: no renegar de lo que sabemos, pero que, con todo lo que somos y sabemos, vivamos el reconocimiento de esta Presencia. La palabra que domina este libro es "Presencia". Hace cincuenta años hubo un hombre que ha empezado a decirla, sólo al mundo, aquí en Milán, en el Liceo Berchet. Pero si reducimos el Cristianismo en su punto fundamental, el punto por el cual nosotros no estamos solos, no estamos abandonados, cualquiera sea nuestra historia, cualquiera sea nuestro camino, cualquiera sea el recorrido hasta ahora realizado, helo aquí: Dios está con nosotros. El Papa nos reserva una sorpresa final, recordándonos, en el capítulo en que explica "a la diestra del "Padre", que el grito con que se concluye la Sagrada Escritura se puede leer en dos modos: *maranata* como *marana ta*, "ven Señor", o bien *maran ata*: "el Señor ha venido". Precisamente porque ha venido y está entre nosotros siempre podemos esperarlo. Nos habla a través de testigos y signos. El Papa es indudablemente el testimonio más vivo. Miren: leer este libro como un testimonio, el testimonio de un amor a Dios, a Dios hecho carne, a Cristo y al hombre. Yo deseo a mí, y a cada uno de vosotros, de encontrar siempre en mi camino a estos testigos, que vuelven vivo y, en cierto sentido anticipan, en el tiempo y en el espacio, la venida final de Cristo - aquella en la que todos los hombres tendrán que decir: " ¡Ah! ¡Eres tú! " - anticipan en el presente esta Presencia.

C. FORNASIERI: Gracias. Hemos pasado un momento muy intenso. Quiero sólo recordar tres breves cosas como conclusión. Me ha impactado la consideración que don Stefano Alberto ha reclamado del párrafo sobre la Resurrección cuando el Papa concluye diciendo: "Si no fuese verdadera la Resurrección nos estaríamos entregados a nosotros mismos, nuestra valoración personal sería la última instancia". Sería de veras terrible si frente a la hipótesis, a la posibilidad más grande - don Giussani la llamaba "imperativo cristiano" refiriéndose a otros autores, es decir si Él haya existido o exista - nosotros fuéramos abandonados, en última instancia, a una opinión nuestra. Este cúmulo de opiniones es intelectualmente y moralmente la cosa más deshonesta. El Papa sobre esto quiere darnos una sugerencia, un testimonio. La segunda cosa es que el Papa ha logrado sacar de las nieblas de un pasado y a hacer posible una relación personal con la figura de Jesús. Y tercero que esta mirada sobre los Evangelios y sobre Jesús pueda convertirse en un encuentro. Diría que las indicaciones para hacer de esto un trabajo y un camino están planteadas. También se me viene a la mente esta deshonestidad intelectual - de la cual también podemos hacer parte nosotros - que expresaba un premio Nobel muy alabado como José Saramago que indicaba a Lázaro como el hombre más desdichado de la tierra porque habría tenido que morir dos veces. Cuando yo leí su novela muy alabada dije: "En realidad era una posibilidad grande porque podía gustar un tipo de vida nueva con Jesús". Pero aquí el Papa va más a fondo aún de esta pequeña intuición personal cuando describe el hecho de la Resurrección como algo totalmente nuevo, una dimensión nueva que es posible vivir para todos. Éste es un desafío notable, grande; y diría que es realmente posible empezarla. Gracias a nuestros huéspedes, el doctor Riesner y Don Stefano Alberto. Gracias a todo ustedes y hasta la vista en próximos encuentros.

## Notas

1. *Gesù di Nazareth. Parte Seconda: Dall'ingresso in Gerusalemme fino alla risurrezione*, Freiburg 2011.
2. *Der Papst auf der Agora*, in: "Jesus von Nazareth" kontrovers, Berlin 2007, 9-17.
3. *Conversazione su Gesù*. Papa Benedetto XVI dialoga con Martin Hengel e Peter Stuhlmacher (hrsg. P. KUHN), Tübingen 2010.
4. *Le sacerdoce du Christ et de ses ministres d'après la prière sacerdotale du quatrième vangile et plusieurs données parallèles du Nouveau Testament*, Paris 1972.
5. *Abba. Studien zur neutestamentlichen Theologie und Zeitgeschichte*, Göttingen 1966.
6. *De consideratione III/1,2-3* (Winkler I 707).
7. *Licht der Welt*. Der Papst, die Kirche und die Zeichen der Zeit. Ein Gespräch mit Peter Seewald, Freiburg 2010, 75-79.
8. *Jesus von Nazareth. Erster Teil: Von der Taufe am Jordan bis zur Verklärung*, Freiburg 2007, 11.